



las turbas, viviendo bajo la salvaguardia de Napoleon. Este se presenta acompañado de Sieyes ante los ancianos, y es favorablemente acogido por la mayoría; pero en los Quinientos, al verle entrar en la sala en medio de soldados, le recibe una espantosa gritaría, y hasta es amenazado de muerte por algunos. Napoleon, que no había temblado al frente de las baterías, huye escoltado por sus granaderos y vacila un momento. Es preciso que su hermano Luciano, presidente de aquella misma Asamblea, vaya tras él, arengue engañosamente á los soldados suponiendo que la mayoría está avasallada por una minoría facciosa, y los impulse á llevar á cabo su obra, para que los Quinientos sean en efecto disueltos á bayoneta calada, viniendo á realizar un hijo de la revolucion la amenaza pronunciada por ella contra Luis XVI. La dictadura quedó desde aquel momento establecida en Francia por segunda vez. El crédulo Sieyes vió mutilar su proyecto de constitucion, del cual apenas quedó intacto más que el título de republicano, que no era prudente borrar todavía. Un primer cónsul elegido por diez años, y reelegible indefinidamente, como jefe supremo del poder; á su lado dos cónsules, á manera de asesores, con sólo voz consultiva; un consejo de Estado nombrado por aquél para formular los proyectos de ley y administracion; una junta de cien miembros, elegidos por cinco años con objeto de revisar y aprobar sus trabajos una Asamblea legislativa de trescientos individuos, que no debía discutir sino votar las leyes que se le presentasen; un Senado vitalicio de ochenta miembros, cuyo principal cometido era velar por las instituciones consulares; y por último, un pueblo despojada en su gran mayoría del derecho electoral, teniendo sólo la facultad de formar de tres en tres años las listas de los candidatos entre quienes debían ser elegidos los empleados públicos; esto fué en bosquejo la constitucion que el dictador impuso á la Francia.

La sancion que prestaron á estos hechos atentatorios más de tres millones de franceses no debe significar sino el cansancio de un estado precario y el mismo afán de conservar las grandes conquistas de la revolucion á la som-

bra de la espada victoriosa de Arcole, Jemape, el Tabor y Abukir.

Por eso la proclamacion de Bonaparte como primer cónsul causó una inquietud general en toda Europa, que aumentó naturalmente la forma de su elevacion. España era la única potencia que cada dia se adhería más á ella, y, lo que es más extraño, á sus ideas. Pretextando una expedicion secreta contra los ingleses, pidió cierto número de tropas, y partió el general O-Farrill á Rochefort con una division de nuestra mejor infantería. El almirante Bruix se presentó en Cádiz para incorporarse á la de Mazarredo, y juntos marcharon á Brest, donde permanecieron largo tiempo nuestros marinos, bien que no tan á discrecion de la Francia como Napoleon hubiera querido, por la energía de su jefe.

Su dominio en nuestro gabinete fué aún más patente cuando la muerte del papa Pío VI, prisionero de la república, dejó huérfana la Iglesia y en imposibilidad de proceder á la reunion del cónclave que designase el sucesor, por el estado de guerra en que se encontraba la península italiana. Aprovechándose de esta circunstancia el ministro Urquijo, cuya ligereza hemos advertido, publicó un decreto, que se hizo celebre (5 de Setiembre), mandando que los obispos ejerciesen sus funciones durante el interregno pontificio en la mayor plenitud. No satisfecho con esto, y siguiendo el ejemplo de la Francia, sin atender al diferente estado moral y político en que España se encontraba, tomó bajo su proteccion á los que, no satisfechos con una prudente limitacion de las facultades de la corte romana, aspiraban á constituir una Iglesia española, que los obispos rigiesen con absoluta independencia como en los primeros tiempos del cristianismo. Este proyecto era intempestivo, porque no estaba preparada para aceptarlo la opinion pública, único barómetro á que deben atender constantemente los gobiernos. Viendo el nuncio apostólico que se daban á luz multitud de escritos favorables á la reforma, que se hacía una traduccion de la obra anti-romana del sabio portugués Pereira, que se repartian con profusion las actas del condenado sínodo de Pistoia y que en las



áuladas públicas se entablaban discusiones en el mismo sentido, dedujo la participacion del gobierno en tales indicios y elevó repetidas reclamaciones, no todas animadas del espíritu de templanza y mansedumbre que convenia á su carácter. Urquijo, por su parte, vió tambien en ellas un ataque á la potestad de la corona, y cediendo á su natural fogosidad, cerró la disputa enviando al nuncio sus pasaportes con orden de salir inmediatamente del reino. Afigido Casoni, corrió á casa de Godoy para que interpusiese su valimiento con los reyes, al cual debió en efecto que aquélla no se llevase á cumplimiento. Consiguió además que, á la eleccion del nuevo pontífice Pío VII (hecha en Marzo de 1800), se expidiese otro decreto restituyendo las cosas al estado anterior al interregno, si bien anunciando que se establecian conferencias para arreglar, segun las circunstancias, los importantes asuntos que habían producido el desacuerdo, y pidiéndole al mismo tiempo la concesion de otro noveno sobre el que levantaba ya la corona de los diezmos. El papa imitó esta política, pues al par que hizo una concesion, que nada le perjudicaba, manifestó su resolucion de revocar todos los actos de los obispos que directa é indirectamente hubiesen favorecido aquella tentativa de cisma, y examinar la ortodoxia de éstos para asegurar la unidad católica, concluyendo con rogar á Carlos IV que desoyese los consejos de los que, aparentando favorecer las regalías de la corona, querían destruir la religion.

Atemorizado el monarca de las insinuaciones que tambien se le hacian sobre el porvenir de su alma, llamó á Godoy, aunque no tenía ningun carácter oficial activo, y le confió el arreglo de su reconciliacion con el papa por medio del nuncio. El resultado de sus conferencias fué declarar al rey (decreto de 10 de Diciembre) que miraba con desagrado á aquellos que «bajo el pretexto de erudicion é ilustracion» tendian á desviar á los fieles de su centro de unidad; ordenar la impresion y profusa reparticion de la bula *Auctorem fidei*, que condenaba al sínodo de Pistoia; excitar á la Inquisicion á perseguir todos los escritos que contuviesen máximas de las reprobadas en di-

cha bula, procediendo contra los rebeldes «sin excepcion á estados y clases» (alusion á los obispos que se habían manifestado propicios á la reforma); prohibir la discusion sobre las mismas en las universidades; y como una consecuencia de este decreto retrógrado, la destitucion del ministro Urquijo, á quien procesó en seguida el Santo Oficio en union de los obispos de Salamanca y Cuenca, Jovellanos y otros que llevaban la nota de reformadores y anti-romanos.

La exoneracion de Urquijo fué la ocasion de la vuelta de Godoy al poder, acompañado de su primo político don Pedro Cevallos Guerra, hombre honrado, dócil y de escaso talento continuando en el ministerio el marqués de Caballero, á quien el valido atribuye en sus «Memorias» las persecuciones que padecieron todos los hombres más ilustres de la época. El país se preparó á presenciar nuevos escándalos y á verse sometido á la influencia de la Francia.

Napoleon, revestido de la púrpura consular, emprendió la realizacion de sus proyectos de engrandecimiento. Sabiendo que la Inglaterra era de todas las potencias coligadas la ménos dispuesta á la paz, le propuso un acomodamiento, cuya desechacion debía justificar su apelacion á las armas, á pesar de la necesidad que sentía de descanso. Sus esperanzas fueron confirmadas con una terminante negativa de la Gran Bretaña, que columbraba el conquistador en el ambicioso general del 18 Brumario.

Rápido como su mirada de águila, reúne en el Rin y en los Alpes todas las fuerzas de la república, envía á Moreau á los estados alemanes, y él se encamina al primer teatro de sus glorias, la Italia. Viendo á los austriacos dispuestos á penetrar en la Provenza, persigue á Souchet, atraviesa el monte de San Bernardo con cuarenta mil hombres, y penetrando en Milan, viene á colocarse á espaldas del enemigo, que se encontró inesperadamente sitiado por los dos ejércitos. Abandonó al punto sus planes de invasion, retirándose á Alejandría, pero teniendo cortadas las comunicaciones con los demas cuerpos, se vió en la necesidad de librar la memorable batalla de Marengo, cuya sola victoria bastó á restituir á la república los



estados de Italia, que un año antes había perdido, é hizo renacer el espíritu belicoso de los franceses, consolidando el poder de Napoleón. Después de dictar la paz al Austria, ocupando el Piamonte y restableciendo la república Cisalpina, regresó á Francia, que arrebatada de entusiasmo, veía como un sueño alcanzadas tales ventajas en el breve espacio de cuarenta días.

Al mismo tiempo Brune pacificaba la Bretaña y rechazaba al enemigo hasta los Alpes Julianos; Masena defendía á Génova, sitiada por treinta mil austriacos, y Moreau los arrojaba de Alemania. Al terminar la campaña, la victoria de Hohenlinden le abría el camino de Viena, Murat amenazaba á Nápoles, y Dupont á la Toscana.

Antes de que nuestras victorias aumentasen la audacia y la ambición del primer cónsul, convinieron las potencias coligadas en ajustar la paz y la firmaron el 8 de Enero de 1801 en Luneville, cimentándola en el tratado de Campo Formio, que fué ratificado con varias ampliaciones. Por una de ellas se adjudicaba la Toscana, infantazgo de la casa de Austria, al príncipe heredero del ducado de Parma, sobrino de Carlos IV, casado con su hija María Luisa, con el título de reina de Etruria, nombre de aquel país en la antigüedad. Como una compensación de estos agasajos, que nada costaban á la Francia, exigió y obtuvo los seis navíos de línea que teníamos en Brest y la provincia de la Luisiana, antes francesa; Godoy pidió también en cambio que así la cesión de la Toscana como la creación del reino de Etruria, constase en el tratado de Luneville, que fué, en efecto, adicionado el 21 de Marzo. ¿Pero qué beneficio era el que así se recompensaba y qué provecho iba á reportar de él España? La erección del reino de Etruria no era más que una manera de aislar la Toscana para mejor apropiársela, rigiéndola entretanto por medio de unos súbditos obligados, con el vano título de reyes. Aun hecha la cesión con mayor sinceridad, España no hacía otra cosa que comprar á sus expensas una corona para regalarla á un príncipe su de dinastía, del cual no podía obtener recompensa. Confundiendo el interés de familia

con el interés nacional, ó anteponiendo aquél á éste, se impuso á España un sacrificio considerable para contentar á su conquistador, cuya ambición y altanería debían acrecentar los triunfos. El sacrificio fué completo; porque á pesar de haberse estipulado que en caso de enajenar Francia la Luisiana, sería España preferida, se la vendió luego con perfidia á los Estados-Unidos en ochenta millones de francos, dejando á Méjico descubierto por la parte del Nordeste á los ataques de la república anglo-americana, que se alzaba entonces amenazadora.

Para lo demás, á todos fué costosa aquella paz; el imperio reconoció las repúblicas Helvética, Cisalpina, Liguriana y Báltava; y Nápoles cedió á la Francia la isla de Elba y el principado de Piombino. La Inglaterra quedó únicamente sosteniendo por sí sola la lucha con Francia y España.

Había suspendido las hostilidades con ésta, en la esperanza de que se separaría de la alianza francesa; pero así que la vió estrecharse aún más con el primer cónsul, las renovó animosa, sabiendo cuán escaso estaba de fuerzas y recursos nuestro gobierno. Siempre puesta la mira en la destrucción de los arsenales extranjeros, envió la primera expedición contra el Ferrol, compuesta de diez navíos de línea, siete fragatas y otros buques menores con alguna, aunque poca, gente de desembarco. Esta falta, la prontitud con que acudieron las partidas del país á la defensa de aquel precioso arsenal, y las enérgicas medidas del conde de Donadío y el general de la marina, obligaron al almirante inglés á recoger las fuerzas que había desembarcado en la plaza de Doniños, con bastante mengua de su número y de su honra.

En seguida envió otra expedición mucho más poderosa contra Cádiz á las órdenes de Keith y Abercrombie; el primero para dirigir las operaciones de la mar que debían ejecutar sesenta buques de guerra, y el segundo para auxiliarlas por la parte de tierra con un ejército de veinte mil hombres. La ocasión no podía ser más favorable porque se hallaba Cádiz á la sazón, como todas las poblaciones de Andalucía, consternado con los estragos que causaba la epidemia, hasta



entonces desconocida en nuestro suelo, del *typhus icteroides*. Los pueblos quedaban en pocos días convertidos en cementerios, y la ciencia se agitaba en vano buscando un específico que mitigase siquiera su furor. Todo era luto y desolación en el recinto de Cádiz, que en poco tiempo vió devoradas por la epidemia ocho mil personas. El gobernador Morla, hallando en tal estado la ciudad, considerablemente mermada la guarnición y convaleciente casi toda la que se había salvado, escribió al enemigo haciéndole presente cuán poco le honraria el que aumentase con el fuego los horrores de la enfermedad y cuán amarga debía serle la victoria en tales circunstancias. La contestación despiadada que recibió esta carta, pidiendo secamente la entrega de la escuadra y cuanto había en el arsenal, llenó de una justa indignación á los habitantes, corrieron á las armas é invitaron al enemigo á romper el fuego. Los ingleses, no temiendo ménos su actitud desesperada que el contagio de la epidemia, se retiraron con ménos honra todavía que de la vista del Ferrol.

Turbó la satisfacción de estas ventajas una de las más espantosas catástrofes que nuestra marina ha registrado en sus anales. Perseguida por una escuadra inglesa la francesa del Mediterráneo, hasta obligarla á guarecerse en la ensenada de Algeciras, y atacada allí mismo, pidió auxilio á Cádiz para poder aportar á él. Partieron al punto cinco navíos y una fragata, que, uniéndose á sus aliados, dieron la vela para el Océano el 12 de Julio, cubriendo la retaguardia. Apenas el almirante inglés supo la salida de la escuadra combinada, trató de darle alcance, y en efecto, al anoecer quedó ya á una ó dos leguas de distancia. Quizá temeroso, no obstante, de que á favor de la lobreguez de la noche, pudieran alejarse más, ordenó al navío Soberbio, que era muy velero, avanzase á atacar la retaguardia de los aliados. Para mejor ejecutarlo el comandante apaga las luces, se dirige al centro de la línea á toda vela, y al pasar por entre el real Carlos y San Hermenegildo, hace una descarga de ambos costados, y cruza bruscamente para libertarse de la contestación. La operación tuvo aún mejor éxito del que su autor se prometía. Al punto se mos-

tró en el real Carlos un fuego intenso, que no se ha sabido nunca de dónde procedió, si de alguna materia inflamable lanzada por el enemigo, ó del incendio de algun repuesto. Á pesar de las llamas, su comandante manda descargar la batería del costado por donde había sido ofendido; pero como el ofensor ya estaba fuera de su promedio, las balas fueron á herir al San Hermenegildo. Este no sólo contestó, entablado un enérgico combate, sino que se echó sobre el que creía su contrario al abordaje. Entonces fué cuando salieron de su fatal equivocación, aunque sin acertar á explicársela. No concluyó, sin embargo, aquí. El fuego del real Carlos no había podido ser apagado, y al abordar con el San Hermenegildo, se lo comunicó, volándose ambos en breve rato. Sus tripulaciones, que se elevaban de dos mil hombres, perecieron casi completamente, pues sólo se salvaron en una falúa unos cincuenta, que llegaron á Cádiz en el estado más miserable. Ambas escuadras presenciaban entretanto esta catástrofe, sin saber quién era el amigo y quién el enemigo; en cuya duda permanecieron hasta que la luz del siguiente día vino á alumbrar la horrible verdad de aquella noche. ¡Ah! y no era más que un aviso providencial de la grande catástrofe que debía arruinar, casi en el mismo sitio, nuestra brillante marina?

Napoleón supo sacar partido del resentimiento que estas expediciones, sobre todo la última, produjeron en la corte de Madrid para combatir á la Inglaterra, única potencia que le faltaba someter al rigor de las armas ó á las estipulaciones de un tratado. El Portugal no era considerado en toda Europa más que como una colonia que los ingleses habían adquirido en el continente desde la alianza de Methuen firmada en 1703 contra Luis XIV. Desde entonces efectivamente los gobiernos de Lisboa no cesaron de seguir las inspiraciones de la política y los intereses de sus aliados, hasta el punto de que la bandera lusitana ondease en todas partes al lado de la del Reino Unido á su servicio. Eso no obstante, Bonaparte se sorprendió cuando en Egipto se le presentó también en Alejandría una escuadra portuguesa auxiliando á sus enemigos, y al apartar de ella los ojos



enojado, pronunció aquellas proféticas palabras, que despues recordaba con dolor la córte de Lisboa: «Día llegará en que la nacion portuguesa pague con lágrimas de sangre el ultraje que acaba de hacer á la república.» En paz con la coalicion, recordó el primer cónsul esta amenaza y resolvió realizarla presentando la empresa á los ojos de la Francia como una venganza necesaria á su dignidad, y un medio de hostilidad á la Inglaterra.

Siéndole indispensable la cooperacion ó el acuerdo de la córte de Madrid, lo solicitó cortésmente. Renunciaba á vengarse con sólo que Portugal se separase de la alianza británica; y si para obligarlo, pedia la cooperacion de España, era por creerla igualmente interesada en cerrar á las escuadras inglesas los puertos de aquel reino, pues por lo demas le bastaria el permiso para el paso de sus tropas, que no se niega entre aliados. Dolia á Carlos, en su cariño á los príncipes herederos de Portugal, tener que optar por cualquiera de los dos extremos; pero la funesta dependencia en que le habia constituido el tratado de San Ildefonso le condenaba á ello, y no cabia excusarse con un hombre como Napoleon, que hablaba en nombre de una justa venganza. El Portugal tampoco quiso romper con la Gran Bretaña; de suerte que ambas córtes, en castigo de sus imprudencias y humillacion, se vieron á su pesar obligadas á declararse la guerra, justificándola España en las repetidas desestimaciones de su mediacion, y en la negativa de la nacion portuguesa á ratificar el tratado de Paris, firmado por su plenipotenciario en 1797, que debia alzarle su yugo y restituirle la independenciam.

España, en paz con la única potencia á la sazón temible por tierra, apenas tenía ejército, la caballería estaba casi toda desmontada, los almacenes desprovistos, descuidadas las maestranzas, exhausto el tesoro y ruinoso el crédito. Verdad es que su contrario no se encontraba en más ventajosa situacion y que, al decidirse á la guerra, sólo confiaba en los auxilios que su aliada y protectora estaba en el deber de suministrarle; pero por más reclamaciones que hizo á la Inglaterra, entretenida á la sazón en combatir principalmente la expedicion de Egip-

to, sólo consiguió cuatro regimientos, algunos cañones y un subsidio de trescientas mil libras esterlinas. Viéndose reducido á sus propios recursos, el regente de Portugal reunió su ejército de cuarenta mil hombres, convocó las milicias y publicó la antigua ley de las ordenanzas, por la cual todos estaban obligados á acudir á la defensa de la patria hasta la edad de sesenta años.

Godoy desplegó igual energia: pidió recursos al clero y al comercio, llamó las milicias provinciales á las armas, y procuró revivir antiguas antipatías para que el entusiasmo ayudase las operaciones del ejército expedicionario, que se elevó á ochenta mil hombres con los quince mil franceses que vinieron como auxiliares á las órdenes de Leclerc, cuñado de Napoleon. Deseoso quizá de justificar sus altas dignidades militares, determinó ponerse á su frente revistiéndose con el título de *generalísimo* de las fuerzas de mar y tierra; título que por ser desconocido en nuestra milicia, por no parecer necesario, por tener ya el de general y recaer en persona que no habia visto jamás un campamento, ni pisado una nave, dió pábulo á la burla mordaz del carácter nacional. Napoleon, no fiando á su talento, del que tenía muy menguado concepto, el éxito de la expedicion, á pretexto de vigilar á Leclerc, envió al general Gouvion Saint-Cyr, uno de sus mejores capitanes, para que asistiese con sus consejos y en lo posible dirigiese la campaña.

Dividiéronse las fuerzas en tres cuerpos: uno de veinte mil hombres para cubrir la frontera de Galicia, sin otra mision que la de vigilar á un tiempo al enemigo y á los franceses, que fueron á acantonarse como meros espectadores en la línea de Ciudad-Rodrigo á Zarza la Mayor: otro de diez mil marchó al Mediodía á amenazar por aquel opuesto extremo la provincia de Algarbe: el tercero, que era el principal, é iba á obrar bajo el inmediato mando de Godoy, se concentró en Badajoz y abrió la campaña el 21 de Mayo de 1801. Olivenza y Jurumenha, plazas fuertes, de mediana importancia, se entregaron el mismo día sin disparar un cañonazo. Elvas, que estaba considerada como una de las primeras de Europa, y tenía dentro de su recin-



to nueve mil hombres, rechazó con brío las intimaciones de rendicion y los ataques que se le dirigieron; pero Campo Mayor sólo sostuvo nueve días de fuego, tras los cuales capituló. Entre tanto, el ejército que debia proteger estas plazas, mandado por el duque de Lafoes, se habia retirado, sin batirse, á Arronches. Alcanzado allí por nuestra caballería, tampoco pensó en otra cosa que en huir en un completo desorden hasta Alegrete y despues hasta Abrante, abandonando al enemigo su atrincheramiento, víveres, pertrechos y todo cuanto contenian los almacenes de Florida-Roza. La confusion del ejército portugués en aquella retirada fué tal, que en la llanura de Portalegre se batian unos contra otros en las tinieblas de la noche, y en pocos días la desercion lo dejó reducido á diez mil hombres.

Al observar estas derrotas sin choque, la conducta de los puntos fortificados y otros accidentes de las operaciones militares; al observar tanta flojedad y cobardia en un pueblo que ha legado á la historia páginas brillantes, hubo quienes sospecharon secretas inteligencias entre las dos córtes, y varios hechos hubo, en efecto, que autorizaban la suposicion: uno el haber elegido el regente á Lafoes, anciano de ochenta y dos años, de opinion conocidamente contraria á la guerra con Francia, otro las conferencias que con el mismo ministro del regente, Pinto de Sousa, se tuvieron en Badajoz antes de emprender las operaciones; otro el completo abandono en que las plazas se encontraron; y otro los extraños términos en que aquel general se expresó tambien en una sesion que tuvo con uno de nuestros generales: «¿A qué batirnos? le dijo; Portugal y España no son más que dos bestias de carga. La Inglaterra nos mete en danza á nosotros, y á vosotros la Francia. Brinquemos y sonemos en buen hora las campanillas, si no es posible pasar por otro camino; pero ¡por Jesucristo! cuidemos de no hacernos daño, porque daremos que reir, y no poco.»

Ya no faltaba que conquistar en el Alemtejo más que la plaza de Elvas, sobre la cual volvían ya los invasores sus ojos, cuando la córte de Lisboa se presentó pidiendo la paz. Godoy, orgulloso de su ensayo militar, bien hu-

biera querido probablemente rehusarse; pero Carlos, que no aspiraba á engrandecerse á costa de sus hijos, y le inquietaba la permanencia, aunque [simplemente] expectativa, de las tropas republicanas en su territorio, se apresuró á otorgar al generalísimo ámplios poderes para ajustar la reconciliacion. Las condiciones estipuladas fueron la cesion de Olivenza y su territorio á España, adquisicion importante por la riqueza del país y porque regularizó la línea fronteriza, cerrando una de las más anchas puertas del contrabando; que se le devolvieran á Portugal todas las demas plazas conquistadas, y que cerraria él todos sus puertos á la Inglaterra.

Así terminó esta guerra, que se llamó *de las naranjas*, por un incidente ridículo con que la exornó el generalísimo, poseido por aquellos días de cierto espíritu caballeresco. En la acometida á la plaza de Elvas, algunos soldados españoles, llevados de su ardor, habian perseguido al enemigo hasta dentro del recinto y entretenidose, en medio de un fuego horroroso, en cortar algunas ramas á los naranjos de los jardines del foso, que ofrecieron á su general. Este presente, digno de un soldado, inspiró á Godoy un rasgo de galantería feudal. Carlos IV y María Luisa habian acudido á la frontera, ó con el fin político de facilitar la conclusion de la guerra, estorbando con su presencia exigencias inconvenientes de Saint-Cyr, ó sólo por ser testigos de los triunfos de su favorito. Formó éste un día su ejército en gran parada; hizo presentar á la reina en una especie de andas con guirnaldas; y saliendo él al paso, puso en sus manos uno de los ramos de naranjas como trofeo de su victoria, rendido á la hermosura y á la majestad real. Carlos IV, que habia seguido á la reina á cierta distancia, contemplaba esta escena con una sonrisa inocente que prestó vasto asunto á los epigramas de la soldadesca. ¡En verdad era un indigno espectáculo el que ofrecia una mujer de cincuenta años declarando de la manera más pública sus flaquezas; un valido descorriendo el vergonzoso velo que cubria el origen de su poder; un ejército contemplando tanta ridiculez y miseria; y un esposo no acertando á comprender su ignominia!